

Presentación

Hacer y rehacerse mujer: cinco estrategias discursivas

Las décadas que nos separan del reclamo feminista inicial por recuperar las voces y las historias de las mujeres en los distintos ámbitos de lo público aún son insuficientes para cubrir la pléyade de testimonios y expresiones que aguardan a la estudiosa o al estudioso que por ellos se interese. La avidez académica por hacer justicia a las mujeres relegadas halla foro en este espacio de *Fuentes Humanísticas*. Cinco ensayos dan cuenta de algunas de las vías para conformar y dar un sitio al conocimiento de las mujeres, sea como individuos o como colectividades.

La genealogía, el rescate fotográfico-documental, la relectura de las fuentes historiográficas clásicas o la autobiografía sustentan los acercamientos a las esferas privadas y públicas de tres mujeres y una colectividad: Paula Florido y Toledo, Josefa Ortiz de Domínguez, Rosa King, Pita Amor y las prostitutas de la ciudad de Oaxaca en la última década del siglo XIX. Las particularidades de cada tema de investigación iluminan a su pro-

tagonista (o protagonistas) y simultáneamente atienden a las categorías constantes de la ginocrítica al margen de su lugar geográfico o temporalidad: el cuerpo y sus cargas simbólico-culturales en relación con sistemas de control tales como la maternidad, la familia, las expectativas sociales, la lucha armada por el poder o la ordenanza jurídico-legal.

En este sentido, el ensayo "Paula Florido y Toledo, identidad relegada" permite la reflexión sobre una mujer que no conoció de problemas económicos pero debió permanecer sujeta a varios maridos que sí figuraron en la esfera pública. El hecho de haber sido confinada al ámbito privado opacó su injerencia en la conformación del actual Museo Lázaro Gadiano e incluso incide en el tipo de documentos acopiados para su rescate: cartas familiares, títulos de propiedad, sucesiones testamentarias, linaje. La autora del artículo comenta que "ser rico también tiene sus problemas" y, para Paula Florido, éstos estribaron en la muerte de esposos, hijos y nietos por enfermedades o circunstancias en su momento

* Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

intratables por la ciencia médica. La admiración que suscitó la fortaleza de Paula en el único hijo sobreviviente persiste hasta llegar a la ensayista, quien se pregunta: “¿Cómo sobrevive una madre ante tantas pérdidas, sin perder la razón?”

Otra figura materna ensalzada al punto de la mitificación es el núcleo de “Diversas miradas en torno a La Corregidora”. Al igual que Paula Florido, la vida de Josefa Ortiz tiene sentido en función de su cónyuge pero, a diferencia de la primera, la situación extrema prevaleciente en Nueva España la lleva a participar en sucesos públicos. Sin embargo, debe transcurrir alrededor de una década para que su intervención sea reconocida. Paulatinamente historiadores y panegiristas decimonónicos –devela Patricia Montoya, la investigadora– subrayan su encarcelamiento, exoneración y miserias y le añaden valores “femeninos” como la emotividad y la fidelidad para construir a una “generosa matrona” digna de figurar en el panteón nacional. El sufrimiento de la madre y su familia en lo privado es loable en tanto aporte a la gran familia mayor: la nación recién fundada. En resumen, si bien es innegable la importancia de que una mujer –con nombre, apellido y hechos documentados– ostente un lugar en la mitología patria, resulta cardinal dilucidar los términos de género que intervienen en la factura del discurso heroico.

Manera muy distinta fue utilizada para presentar al sector de las prostitutas, según indica el ensayo “Control sanitario y control social. Los libros de registro de mujeres públicas en Oaxaca (1890-1900)”. No obstante, como también lo señalan las ideas de fondo del es-

crito, el control sobre el cuerpo femenino presenta variantes atribuibles, antes que nada, a la pobreza y la marginación. El positivismo decimonónico justificó el uso de la ciencia y de la técnica fotográfica como medios para acotar conductas amenazantes al “equilibrio social” y lindantes con la delincuencia. Como producto de tales proceder, han quedado discursos visuales y textuales que ahora pueden ser interpretados diferentemente. Por ejemplo, los registros de jóvenes de 14 años, la vigilancia policial, el chequeo hospitalario, el que a las mujeres “públicas” se les consignase por su nombre e inicial de apellido, el que la fotografía pretendiera hacerlas pasar por mujeres “privadas” o el que sus ingresos o salidas del oficio dependiesen en buena parte de la existencia de una suerte de tutor, delatan la convicción de una “condición de incapacidad permanente de la mujer”, como lo señala el autor del ensayo. Pero no hay que suponer que el estigma era privativo de las oaxaqueñas; éste operaba en distintos niveles de encubrimiento y violencia hacia la mujer y su cuerpo. Por ejemplo, Paula Florido es adjetivada por la autora del artículo correspondiente como “obstruida, tapada, frenada, truncada, cortada, estorbada” por su condición femenina y la enumeración para la prostituta, según los registros, es de “inútil para ejercer el oficio” (eufemismo de portadora de enfermedad venérea incurable y mortal), o bien de “repuesta, enferma, prófuga, muerta”.

Paula, La Corregidora y las prostitutas son conformaciones discursivas en las que ellas poco o nada tuvieron qué decir, ni sobre su entorno, ni sobre ellas mismas. Podemos afirmar que fueron, y son,

mujeres hechas. Por el contrario, años después, Rosa King y Pita Amor hablan “por ellas mismas” desde el género autobiográfico y el libro publicado. La primera, al enviudar y tener que hacerse cargo de su familia, se convierte en empresaria pionera en la comercialización de artesanías morelenses y, a partir de un 9 de junio de 1910, en propietaria del concurrido Hotel Bellavista de Cuernavaca. Una cadena emocional e intelectual entre mujeres de distintos momentos históricos inicia cuando Paz Barral de De la Fuente, exiliada española, pone en manos de Begoña Arteta la versión original en inglés de *Tempestad sobre México* de Rosa King, publicado en 1935. Inspirada por una obra que a pesar de ubicarse dentro de la categoría de las escrituras del *yo* está atravesada por tintes novelescos, en “La Revolución Mexicana desde el Hotel Bellavista” Arteta puntualiza los sucesos revolucionarios que motivaron la escritura de la extranjera. A la explicación histórica, la ensayista suma detalles de las experiencias vitales de la autobiógrafa y selecciona pasajes harito interesantes, lo mismo sobre una supuesta espía rumana que sobre personajes clave en la historia revolucionaria. Desde el Bellavista, las voces y las acciones de Zapata, Madero, Felipe Ángeles y Huerta se recuperan gracias al vívido relato de una extranjera que, en un inicio, casi no entendía el español, poco comprendía la violencia que la rodeaba, y mucho menos tomaba partido ideológico o político. Sin embargo, años más tarde comparte sus memorias. Ante el balcón de la observadora distante habían desfilado las huestes de Zapata –un “César triunfante”, a decir de Rosa–; en los salones del Bella-

vista la inglesa había entablado profunda amistad con la esposa de Felipe Ángeles; en la noche del 11 al 12 de febrero la anfitriona había atestiguado una histórica conversación entre el presidente Madero y el General Ángeles; posteriormente había entablado cordiales relaciones con Huerta y hasta con los emisarios de Carranza.

Las penurias que comportó la Revolución alcanzaron también a Rosa, y fueron éstas las circunstancias que le permitieron comprender su entorno mexicano. Agudamente incluso señala que su condición de madre y su actitud maternal le valieron el respeto de gente de toda condición. Su nueva conciencia se tradujo en *Tempestad sobre México*, puente que desde lo personal tendió Rosa King para el entendimiento entre culturas distantes, con la esperanza de que trascendiese a la esfera pública.

Pita Amor es otra mujer que se facturó a sí misma, pero que finalmente no pudo escapar a los estreñimientos que sujetaron a sus predecesoras. “Pita Amor y la construcción del yo” es un afortunado acercamiento al testimonio personal de la poeta entreverado lo mismo a la obra que a los rumores y noticias que corrieron a su alrededor. De ocupación demiurga, Pita Amor se encarnó a sí misma en distintos momentos de su vida, siempre libertaria al extremo, siempre obediente a sus deseos. Actriz, modelo, poeta, narradora, diva, figura de escándalo, amante de hombres o mujeres: a todas las máscaras sirvió bien salvo a una: la madre proveedora, personaje que problematizó en su obra, pero cuya carga cultural –signada en la acepción de la madre sufriente– marcó su debate personal.

Las múltiples voces e imágenes que de sí misma expresó Pita Amor se suman a las que han conformado a mujeres como Paula, La Corregidora o las prostitutas de la Oaxaca de las postrimerías del XIX. Al leerlas como discursos inmersos

en redes ideológicas y culturales planteamos premisas para deconstruirlas y deconstruirnos, para fundar nuevas conciencias sobre el ser femenino. Tal vez sólo así logremos reescribirnos, rehacernos.